

Rolando Villazón
Amadeus en bicicleta



Galaxia Gutenberg

ROLANDO VILLAZÓN

Amadeus en bicicleta

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2021

© Rolando Villazón, 2021
Por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 155-2021
ISBN: 978-84-18526-57-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Lucía siempre
Y a Darío y Matéo, formidables espíritus mozartianos.*

All children, except one, grow up.

Peter Pan, J. M. Barrie

Don't ever forget your true and faithful friend.

*Wolfgang Amadeus Mozart en el libro
de citas de Joseph Franz von Jacquin*

ÍNDICE

I. LA FORTALEZA PATERNA.....	13
II. EL ARCOÍRIS Y EL DIABLO.....	59
III. A LA ORILLA DEL SALZACH	101
IV. EL REFUGIO ILUMINADO	189
V. EL REGRESO.....	269

I
LA FORTALEZA PATERNA

I

Lo primero que hice al salir de la bulliciosa estación del tren fue levantar la vista para localizar la Fortaleza en la montaña. Mi padre la mencionaba siempre que hablaba de sus viajes a esta ciudad. No pude ver más que nubes, tejados y la sombra lejana de la cordillera. El sol quemaba. De algún verdor me llegaba el canto de los pájaros. Una mujer se abanicaba con un folleto del programa del Festival de verano. Respiré profundo. Había llegado.

Vine a Salzburgo para realizar un doble propósito: cumplir la promesa que siendo niño grité al rostro impasible de mi padre vislumbrándolo detrás del humo del puro que fumaba, y, al mismo tiempo, vine a enterrar el sueño que surgió de esa promesa y cuyo fruto hoy, después de tantos años de empeño, es uno muy distinto –raquítrico y desabrido– al espléndido y jugoso que yo imaginé saborear un día.

Mi padre acostumbraba asistir cada dos años al renombrado Festival de música de la ciudad natal de Mozart alternando los veranos con otro afamado Festival estivo, el de Bayreuth. Inició esta tradición desde soltero, en cuanto tuvo la solvencia económica que le permitió otorgarse estas costosas excursiones de México a Europa. Después de casarse, continuó asistiendo con mi madre a sus veranos líricos –así decidió llamarlos– y ni aun con la llegada de los hijos puso pausa a los viajes. Nos dejaban en el sur de Alemania, en la granja de los tíos alemanes, para que fortaleciéramos nuestra gramática germana y adquiriéramos el gusto por la naturaleza y la vida rústica mientras ellos bebían vinos que lagrimeaban en las copas, comían venado bañado en espesas salsas y engrandecían sus al-

mas –y su anecdotario para presumir a los invitados de las cenas posteriores en su casa– con la música de los inmortales. Sólo después de la muerte de mi madre, cuando yo era aún adolescente, mi padre fue espaciando cada vez más sus veranos líricos hasta que un día renunció a ellos por completo.

Mi padre decidió que la edad justa para incluir a sus hijos en la tradición fuera la de los doce años. Yo nací un par de meses después de que mi hermano mayor asistiera a su segundo verano lírico y mi hermana se alistaba para ir a su primero. Fui un embarazo tardío y no planeado. «Un accidente», decía mi padre revolviendo mis cabellos con tono tierno y condescendiente que yo detestaba. Ese comentario me hacía sentir como un hueso roto o un rostro tuerto o un vaso de vino derramado sobre la mesa. Y mientras la familia se marchaba a los festivales de música, el «accidente» pasaba los veranos en el monótono paisaje de la granja de los tíos, entre gallinas correlonas y lentas vacas rumiantes, soñando con ir a Salzburgo. Imagino que un CD con música de Mozart que mi madre me hacía escuchar a la hora de los deberes era el causante de mi predilección por la ciudad mozartiana sobre la ciudad wagneriana. Quería que mi primer viaje lírico fuera a Salzburgo. Pero cuando tuve cierta conciencia aritmética y supe hacer uso de mis pequeños dedos para contar los años que me faltaban hasta cumplir la docena y el orden de las visitas a los festivales, supe, quizá por primera vez en mi vida, que lo que uno desea pocas veces coincide con lo que ha de ser. En cuanto cumpliera doce años, el viaje sería a Bayreuth. Suspiré, aprendí a resignarme, regresé cada año a la granja y al fin, muchas vacas y gallinas después, llegó el verano de mi ingreso en la tradición.

A mi padre le hubiera gustado ver, programadas para ese año, *El oro del Rin* o *El holandés errante*, ambas de duración perfecta para introducir al pequeño «accidente» en el mundo de la ópera. Pero en ese año, 1999, no daban ninguna de las dos. Mi padre contempló la posibilidad de postergar mi ingreso en la tradición. Aunque eso haría de Salzburgo el destino de mi primer viaje, yo ya no quería más vacas ni gallinas y ardía

en deseos de viajar con la familia. Fueron tan vehementes mis súplicas, tan convincente mi compromiso de prepararme para la ocasión, que mi padre accedió, me dio el CD de la ópera que vería por primera vez y yo juré no decepcionarlo.

Tristán e Isolda. Cinco horas de música.

Decidí que lo mejor sería escuchar cada noche un acto antes de dormir. Durante varias semanas, al acostarme, escuchaba un CD diferente. La versión, me lo hizo saber pronto mi padre, era legendaria: Furtwängler en el podio, Flagstad y Suthaus en los papeles protagónicos y un joven Fischer-Dieskau como Kurwenal. Mi padre no mencionaba el nombre de los demás intérpretes, pero sí el de otra soprano extraordinaria, Elisabeth Schwarzkopf, que, según contaba la historia, había presado, a petición de la Flagstad, el par de agudos de los que esta carecía a su edad para lograr la interpretación discográfica de Isolda.

Al principio la vastedad de esa música me dejaba perplejo, se me hacía un amasijo sonoro que sobrepasaba mi entendimiento, pero al mismo tiempo experimentaba ciertos saltos anímicos, agradables e inesperados, que nutrían mi curiosidad. Traté de entender menos y me concentré en las pequeñas explosiones emotivas. Hice bien, pronto comencé a disfrutarla y a anticipar mi interacción con ella. No me importaba si en algunos puntos de las grabaciones (siempre los mismos) yo me quedaba dormido. Estaba convencido de que aun en sueños seguía asimilando la música y su historia.

Durante las noches del primer acto, la obertura inflamaba mi pecho y provocaba las primeras ensañaciones. La escuchaba con la vista puesta en la oscuridad del cielo raso. Las sombras parecían cobrar vida y moverse, acercarse, unirse, danzar hasta fundirse voluptuosamente en la suave corriente de la mara melódica. Luego venía la calma. La voz del joven marinero, lejana y saltarina, empezaba a arrullarme, pero la repentina furia de Isolda conjurando tempestades aniquiladoras me despertaba de nuevo. Y seguía escuchando la bravata de Kurwenal, la emoción con la que Isolda describe a Brangania la mirada penetrante de Tristán, pero en el momento en el que

Brangania pedía que el caballero Tristán fuera a ver a Isolda, yo me quedaba dormido.

Las noches del segundo acto el sueño me vencía después de las advertencias de Brangania y del dueto de los amantes desafiando al día que se aproximaba. Y en las noches del tercer acto me quedaba dormido justo antes de la muerte de Tristán. Hacia el final de la grabación, empero, cuando la Flagstad hacía flotar las sublimes frases del *Liebestod*, me despertaba conmovido y llorando.

Así pasaba las noches antes del viaje, escuchando, soñando, preparando con emoción creciente mi asistencia a mi primer verano lírico. Me dejaba atrapar por esa armonía flexible y rica en melodías que se alzaba como una enorme serpiente traslúcida y maravillosa, anaconda invisible que estrujaba mi cuerpo, que apretaba su abrazo con suavidad acariciadora y determinación asesina hasta arrancarme un suspiro, una lágrima, la inconsciencia.

Al fin llegó el día de la partida. La familia completa iría por primera (y última) vez a Bayreuth. Mis hermanos iban medio enfurruñados, viajaban más por dar gusto a mi padre que por deseo propio. En el aeropuerto mi padre me entregó mi pasaporte. Era la primera vez que me hacía responsable de mi documento. Esa confianza me conmovió y confirmó mi ingreso a la tradición musical.

Pasamos los controles de seguridad, desayunamos enchiladas verdes en uno de los restaurantes decorados con piñatas y sombreros de mariachi, y visitamos tiendas. Al abordar pidieron nuestros documentos. Cuando me apresté a sacar el mío descubrí horrorizado que ya no estaba en el bolsillo en que lo había guardado. Mi padre lanzó juramentos y exclamaciones, me llamó imbécil e irresponsable. Mis hermanos contemplaban la escena con cierta esperanza ante la posible anulación del viaje. Mi madre me tomó del brazo y me arrastró nerviosa hasta el restaurante, donde para mi fortuna hallamos el pasaporte en el suelo, casi escondido en una esquina cercana a la mesa donde había devorado las enchiladas. Fuimos los últimos en embarcar. Mi padre conservó mi pasaporte por el resto del viaje.

El día de la función me vistieron con un esmoquin que me hacía ver cual gnomo engalanado. La corbata de mariposa apretaba demasiado mi cuello, el saco me picaba las axilas y el gel con el que aplastaron mi cabello despedía un perfume intenso y desagradable. Pero nada de esto me importaba, la emoción que yo experimentaba en esos momentos me hacía soportar todos los inconvenientes.

Ocupamos nuestros asientos. Afinó la orquesta, mi corazón latió desaforado. El acorde unísono de la orquesta se disolvió en escalas individuales, notas aisladas y *pizzicatos*, luego en el silencio. Se apagaron las luces. Contagiado por la electricidad expectante de una gloria anticipada, comencé a aplaudir. Ignoraba que en ese teatro no se saluda al director de orquesta con el aplauso con el que se le recibe en todos los demás.

—Todavía no sucede nada, contrólate —susurró mi padre con la suficiencia del conocedor que desdeña la algarabía espontánea. Se equivocaba, para mí estaba sucediendo mucho, todo, y aunque su comentario hizo que me ruborizara y acalló mis aplausos ignorantes, en mis venas el pulso siguió expresando la frenética alegría que me inundaba.

Pasaron un par de minutos y, de pronto, de la oscuridad y del silencio, Daniel Barenboim hizo surgir ese primer acorde inolvidable de la obra y comenzó a levantar con inspiración y sabiduría, como sólo los grandes pueden hacerlo, la columna inmensa del monumento musical. Y la columna en vivo fue más grande, más impresionante y portentosa que cuando salía de la grabación, y la anaconda en la que se convirtió atrapó no sólo el mío, sino a todos los otros pechos de la sala y fuimos un solo cuerpo deliciosamente asfixiado, conmovido, hechizado. Al término de la obertura, yo me senté en la orilla de mi incómodo asiento para que mi padre no viera la lágrima que se me había escapado. El joven marinero cantó en la distancia y su voz era más dulce, más lejana que en la grabación. Isolda lanzó sus deseos de tormenta. No sólo escuché la prodigiosa voz de Waltraud Meier, mi cuerpo entero sentía ese sonido, vibraba con el canto y la orquesta. Todo eso estaba sucediendo allí, en ese instante irrepetible y no en un estudio hacía muchas dé-

cadadas. Mi pequeña humanidad era un resonador que aportaba vida al momento.

Kurwenal cantó sus protestas, siguió el diálogo entre Brangania e Isolda y, después, el ruego a Tristán de que acudiera con Isolda. De pronto, los cantantes en el escenario comenzaron a perder sus colores, se transformaron en sombras movedizas, similares a las que danzaban en el cielo raso de mi habitación. Mi mente empezó a nublarse, mis párpados se hicieron pesados, me quedé profundamente dormido en el preciso instante musical en el que lo hacía durante las noches preparatorias. Vanos fueron los suaves empujones y los discretos pellizcos con los que mi madre intentó sacarme de mis sueños. Me despertaron los aplausos del final del primer acto.

Durante la comida del intervalo mis hermanos hicieron bromas sobre el pequeño durmiente, mi madre me acarició de vez en cuando los cabellos duros por el gel oloroso y mi padre se abstuvo de comentar el episodio.

Antes de regresar a nuestros asientos para el segundo acto fui al baño, me mojé la cara con agua helada, di palmadas a mis mejillas hasta dejarlas coloradas y regresé a ocupar mi lugar más despierto que una lechuza. Se apagaron las luces, mi padre musitó cerca de mi oído:

—Que tengas dulces sueños.

Mis mejillas dejaron de ser la única parte roja de mi piel. Todo yo ardí de rabia. Me mordí el labio hasta sacarle una gota de sangre. Se inició el segundo acto. Ya vería mi padre lo bien que apreciaba yo esa música. Mejor que él, que asistía a estas funciones más por su carácter rimbombante que le proporcionaba material de sobra para sus presunciones futuras que por amor al arte. Esto se había transformado en una lucha entre el amante natural, recién iniciado en el género, y el empenachado melómano insensible de tanto aparente conocimiento.

Pasaron los minutos, yo seguía cada instante sin parpadear, muy erguida la espalda, las uñas de mis manos clavadas en mis muslos. Brangania anunció los peligros de la mañana, los amantes desdeñaron la luz que llegaba, cayeron mis párpados, cayó mi mandíbula, cayó mi cabeza en el respaldo.

Al despertarme con los aplausos del final del segundo acto encontré el rostro de mi padre con expresión socarrona, y su dedo acusador que señalaba mi hombro. Se levantó con una carcajada cuando me vio descubrir la mancha de saliva que mi boca abierta había dejado en mi saco e inició su camino hacia la segunda parte de la comida.

En la mesa hubo más burlas de mis hermanos, más disculpas en mi favor de mi madre, más indiferencia paterna.

Ya no me importó quedarme dormido durante el tercer acto, casi lo esperaba. Pero esta vez no sólo cayeron mis párpados y mi cabeza y mi quijada vencidos, a la vergüenza del sueño agregué la de los ronquidos. Lo que me despertó entonces no fueron ni los suaves empujones de mi madre ni los aplausos entusiasmados del público agradecido, sino el codo que mi padre clavó con un golpe certero en mi brazo dejándolo amoratado y adolorido por varios días. El resto de la obra lo pasé cabeceando, vencido y humillado, hasta que la gloriosa Waltraud Meier comenzó a cantar el *Liebestod*. Seguí cada frase del monólogo con emoción creciente, y era el más despierto de todos los asistentes. Su voz se metía en los poros de mi cuerpo con cada frase, con cada consonante unida por el cristal impecable de las vocales. Mi brazo parecía estallar de dolor, pero era más potente la explosión de mi alma y nada me importaba, sólo la voz de la Meier, Isolda transfigurada, y la metódica dirección de Barenboim hilvanando cada compás con paciencia, creando en una nube acústica algo más que notas musicales combinadas, aquello era la sonora eternidad de una emoción pura en movimiento. Me volví fuente. No paraba mi llanto, no intentaba siquiera pararlo, al contrario, esas lágrimas eran la primera expresión de una dicha que hasta entonces no había conocido. Me volví cascada, sollozaba ruidosamente. Nadie se atrevía a acallarme ahora.

Más tarde mi padre descartaría la trascendencia de mi llanto. Anunciaría a quien comentara el asunto que yo había moqueado por el dolor que él infligió justamente en mi brazo para bien de la obra y de la audiencia. Yo ni siquiera intenté corre-

gir la falsedad de su argumento. Intuía que él era incapaz de comprender un arrobó que nunca había sentido.

En los días que siguieron no se habló más del asunto y yo cargué estoicamente con mi injusta vergüenza. Sin embargo, al regresar a México decidí romper la comedia del «aquí no pasó nada» y explicar a mi padre que había errado en mi preparación, que al permitir a la música de la ópera arrullarme por las noches me había acostumbrado a quedarme dormido en ciertos momentos precisos de cada acto.

Lo encontré fumando un puro en la sala, leía el periódico detrás de una nube de humo. Comencé por disculparme (¿de qué?) y le prometí que nada de eso iba a suceder el año próximo en Salzburgo.

–No te aflijas, muchacho –cortó mi discurso levantando el rostro del periódico y con el puro de la boca–, no debo imponerte un gusto mío. El año próximo tus hermanos no vendrán. Alégrate, tú tampoco. Hemos decidido enviarte a un campamento a Boston para que practiques tu inglés, que, en el día de hoy, deja mucho que desear.

Protesté, le di atropelladas explicaciones, y al comprender que su decisión estaba tomada, supliqué. Él me dijo que con el tiempo aprendería a no confundir mi joven deseo por complacerlo con una genuina afición estética, que la pérdida de mi pasaporte en el aeropuerto, antes de partir, era una señal clara de mi inconsciencia, que yo, en realidad, nunca había querido ir con ellos.

–Pero papá...

–Pero nada.

Mi padre volvió a su puro y a su periódico. Una bocanada de humo hizo borroso su rostro. Mi audiencia había terminado. La sentencia estaba dada.

Volví a sentir la misma rabia bochornosa que me invadió cuando mi padre me deseó dulces sueños antes del segundo acto. Di una patada en la alfombra.

–¡No importa! –grité con voz entrecortada–. ¡Ya me convertiré yo en un gran cantante de ópera y a Salzburgo iré no como turista sino a recibir aplausos y entonces –aquí blandí un firme índice acusador– tú te acordarás de la injusticia de este día!

No solía hablar cuando me enojaba, yo mismo me sorprendí de esta frase hiperbólica, casi operística. Detrás de la nube de humo, mi padre me miró con un poco de curiosidad, y otro poco de rabia. Levantó las cejas. Estudió al «accidente» que acababa de lanzar con impertinente audacia tan melodramática sentencia. Con lentitud se sacó el puro de entre los dientes, arrojó una nueva bocanada y contestó:

—Ser cantante de ópera no es algo que se decide ser. Se tiene el talento, o no se tiene. Quien se descubre poseedor del talento debe andar por un camino de mucho trabajo, de mucha disciplina, de mucho valor y de mucha suerte. Uno entre mil talentosos logra hacer del canto su profesión. Ya se verá, pequeño —aquí mi padre me señaló con su puro e hizo un par de movimientos giratorios tenuemente despectivos—, ya se verá si tú resultas ser uno de esos.

Siguió un pesado silencio. Su severa mirada incisiva detrás del humo hizo temblar mis rodillas. Tragué saliva. Me sentí aturdido. La seguridad con la que pronuncié mi frase se había evaporado.

—¿Vendrás tú a aplaudirme cuando llegue ese día? —pregunté y me sorprendió mi voz tan cercana al sollozo. Mi padre hizo una mueca, exhaló con fuerza y yo no supe si esa risa de aire había sido una expresión de ternura, de burla o de asco.

Dieciséis años más tarde, ese día había llegado.

2

Arrastré mi maleta a la parada de los autobuses que van al centro de la ciudad antigua. Había ya uno con pasajeros y el motor puesto en marcha. Corrí, tropecé con una maleta rosa, alcancé la entrada y cuando quise poner un pie dentro, las puertas de cristal se cerraron en mi cara. Por un instante, antes de que el autobús se marchara, logré ver el reflejo de mi rostro, la sorpresa retratada en mis pequeños ojos azules, soñolientos, mi amplia frente sudorosa y las ventanillas de mi prominente nariz dilatándose.